

ESCAÑO Y MAZARREDO: UN TÁNDEM NAVAL PERFECTO QUEBRADO POR LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA

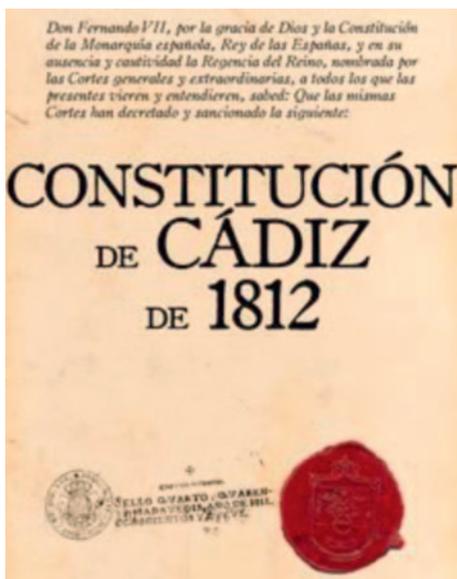
Mariano JUAN Y FERRAGUT
Capitán de navío retirado

Introducción

En los anales de la historia existen sucesos que tienen un gran impacto en el devenir de los pueblos y que inciden en la formación de una conciencia colectiva. Tal es el caso de la guerra de la Independencia, engendradora de la identidad nacional española, que se libró entre 1808 y 1814, dentro del contexto de las guerras napoleónicas. Enfrentó a España, Reino Unido y Portugal contra Francia. Tal conflicto en la Península fue debido, principalmente, a haber instalado en el trono hispano al hermano de Napoleón José Bonaparte, tras las abdicaciones de Bayona.

Fue una guerra larga que dejó a España en ruinas y, desde el punto de vista nacional, un conflicto civil entre afrancesados y patriotas. Su trascendencia fue enorme, al abrir las puertas a las primeras constituciones españolas: el Estatuto de Bayona de 1808 y la Constitución de Cádiz de 1812. Y, al otro lado del Atlántico, fue el inicio de las guerras de Independencia hispano-americanas.

En la guerra de la Independencia fueron protagonistas destacados don Antonio de Escaño y don José de Mazarredo, ambos tenientes generales de la Armada y ministros de Marina. El primero, por el bando patriota, y Mazarredo, también conocido por el «Bilbaíno», por el afrancesado. Por razones obvias, léase el tiempo disponible, no voy hacer un recorrido específico sobre la guerra de la Independencia ni a subrayar su trascendencia, pero sí aprovecharé la ocasión para hablar de esos dos grandes marinos. Ambos fueron de los últimos personajes de la Ilustración, ya que la mayoría de ellos desaparecieron en las postrimerías del Siglo de las Luces o en Trafalgar. Y tanto Escaño como Mazarredo tuvieron un papel destacado tras el desgraciado combate del 21 de octubre de 1805.



Constitución de Cádiz de 1812. FUENTE: internet

En mi exposición me centraré someramente en varios aspectos que se indican en el título de la conferencia, para desembocar en la quiebra del tándem que habían formado.

Escaño

Empezamos por el cartagenero don Antonio de Escaño, por ser el personaje que da el título a las presentes Jornadas. Tras las cinco magníficas intervenciones que me han precedido, en las que se ha abordado su figura desde distintos puntos de vista, poco puedo añadir sobre este gran marino que, además de ser miembro del Consejo de Regencia de España e Indias, participó en todas las acciones navales más importantes de la azarosa época en que vivió: San Vicente, Finisterre, Trafalgar, campaña del

Canal, defensa de Cádiz, auxilio de Tolón en la guerra de la Convención, etc. Por ello, solo me referiré a dos facetas de su biografía poco conocidas y escasamente divulgadas.

La primera comienza en 1776, cuando Escaño se encontraba en Buenos Aires. Tenía veinticuatro años y era teniente de fragata. Ocurrió que, estando en una fiesta campera al lado de una dama, pasó un individuo a caballo y la insultó con grosería. Le recriminó que estaba alternando con europeos. El joven marino se levantó indignado y echó mano a la espada para castigar la ofensa. Pero el jinete consiguió que el animal diera de coces en el pecho de Escaño, quien quedó tendido en el suelo, brotándole un río de sangre por la boca. Otras fuentes apuntan a otro tipo de lance. Un alboroto ocurrido en un local poco recomendable. Nada de coces, sino herida por arma blanca. Pero, sea como fuere, nuestro personaje quedó malherido y se estimó que no podría volver al servicio activo.

Fue enviado a España en la enfermería de la nave *Nuestra Señora de la Misericordia*, bajo el cuidado de un modesto sangrador. El viaje duró siete meses hasta arribar a Cádiz, donde fue hospitalizado. Seguidamente pasó a Cartagena a bordo del jabeque *San Luis*, con licencia por enfermedad, hasta que cinco meses después se reintegró al servicio activo, pero convertido en otra persona. Fue durante esta prolongada convalecencia cuando se produjo tal milagroso cambio, pues ese periodo fue aprovechado por el joven Escaño para el estudio de las ordenanzas, códigos, armamentos, astronomía, leyes,

historia naval y general de España, etc. Tales conocimientos los empleó cuando ocupó cargos en la mayoría general de varias escuadras, primero como adjunto y después como mayor general.

La segunda faceta poco conocida que señalábamos más arriba se refiere al papel de Escaño en la guerra contra el Francés, que fue notable y trascendente e influyó en el levantamiento de la nación. Recordemos que el 1 de mayo de 1808 el ambiente en Madrid era de gran tensión. El mariscal Murat controlaba la situación –todavía no había entrado en la capital el rey José–, y a su instancia se había creado una junta de gobierno, siendo el miembro más caracterizado el ministro de Marina, Gil de Lemos. En una agitada sesión del 1



Infante don Antonio Pascual. Colección del autor

de mayo, presidida por el citado ministro, se acordó crear, para el caso de que dicha junta quedase privada de libertad para actuar, otra, llamada «secreta», para que iniciara la lucha contra el invasor. La prevista nueva junta estaría formada por los tenientes generales Ezpeleta, ex capitán general de Cataluña; De la Cuesta, que lo era de Castilla la Vieja, y Escaño, de la Armada, junto con los ministros de los Tribunales: Lardizábal, del Consejo de Castilla; Jovellanos, quien hasta que llegase de Mallorca (donde se encontraba preso en el castillo de Bellver) sería sustituido por Pérez Villamil, auditor general de la Armada, y Gil de Taboada (sobrino del ministro de Marina), alcalde de Corte.

La junta tenía la facultad para fijar su sede donde estimara conveniente. El sitio elegido fue la ciudad de Zaragoza. Al respecto, oigamos la voz de Escaño, quien dejó escrito:

«El día 1 de mayo se me llamó a Palacio y a las dos de la tarde pasé a la cámara del Señor Infante Don Antonio para enterarme de una comisión que debía desempeñar en unión de los generales Espeleta y Cuesta, con los ministros de los Consejos Lardizábal y Villamil y el Alcalde de Corte don N. Gil de Lemos; en efecto en presencia de S.A. se nos manifestó el objeto; a don Manuel de Lardizábal se le encargó de extender la instrucción y, dándonos órdenes simuladas, debíamos salir al día siguiente Lardizábal, Gil, yo y Villamil, que por estar en un pueblecito llamado Móstoles me encargué de avisarle, como lo hice; besamos la mano del Señor Infante y nos preparamos al viaje; faltó carruaje para el día 2, pero salí el día 3 con dos Ayudantes. También salió Gil y Lemos, pero no lo pudieron verificar Villamil y Lardizábal».

De lo expuesto se deduce que fue Escaño quien informó a Villamil de los sucesos de Madrid. Este permaneció en Móstoles y fue el padre intelectual del inicio del levantamiento contra el Francés, tras redactar el famoso bando que hizo firmar a los alcaldes mostoleños.

Los dos ayudantes que acompañaron a Escaño fueron el teniente de navío José Primo de Rivera y el teniente de fragata Manuel del Castillo; ambos participarían un mes después en el primer sitio de Zaragoza defendiendo heroicamente la ciudad, por lo que fueron recompensados.

La orden simulada que le dieron a Escaño era ir a Mahón a tomar el mando de la Escuadra, lo que a Murat, cuando se enteró del motivo de su marcha, le pareció muy bien. Pero el destino de Escaño era otro. Sigamos con su relato:

«Las instrucciones se me debían dirigir a mí a la ciudad de Teruel, y si a mi llegada no estaba el pliego lo debía buscar en Zaragoza o Valencia; pasé a Teruel, no estaba el pliego, y dejando un Ayudante para recibirlo si llegaba después, seguí a Valencia, donde me encontré con la orden terminante de volver a Madrid; hice llamar al Ayudante que había dejado en Teruel y, a su llegada, emprendí el viaje de vuelta ...».

En Madrid, Gil le informó que las instrucciones se habían dirigido a Ezpeleta; pero, enterado Murat de parte de su contenido por un individuo de la Junta –probablemente, el capitán general de Madrid–, se despacharon órdenes para que las quemaran sin leerlas y regresaran a la Corte. Murat no sospechó de Escaño al informarle Gil que, por los últimos acontecimientos, no se consideró oportuno su ida a Mahón. La operación secreta fracasó, pero estableció las bases para el levantamiento nacional.

Mazarredo



Retrato de Mazarredo. Euskadi.eus

Sobre Mazarredo me referiré a dos misiones diplomáticas que le encargó el gobierno español, una bien conocida, que fue la desempeñada en París como embajador plenipotenciario ante Napoleón, que coincidió con su mando de la escuadra *secuestrada* en Brest durante dos años y medio. La otra, menos conocida, la había desempeñado en Argel quince años antes. Ambas, desde el punto de vista diplomático, fracasaron, y por ello Mazarredo fue cesado en tales funciones. Evidentemente, el Bilbaíno, que siempre iba de frente y sin dobleces, no estaba dotado para la diplomacia.

Vayamos a la primera. Una potente escuadra francoespañola (25 navíos franceses y 18 españoles) salió de Cartagena el 29 de julio de 1799 y, tras una breve escala en Cádiz, entró en Brest el 9 de agosto del mismo año. Esta navegación fue la última de Mazarredo, a quien se comisionó a París con el pretexto de preparar unas hipotéticas acciones combinadas. Pero lo que pretendía el Directorio, y Napoleón después, era utilizar a nuestros barcos en su propio beneficio.

Antes de salir Mazarredo del puerto bretón hacia París, el 24 de agosto de 1799, dejó encargado del mando interino de la Escuadra a Gravina, pero permaneciendo izada su insignia. Se iniciaba así una larga e improductiva estancia de año y medio del Bilbaíno en la capital francesa. En estos dieciocho meses se entrevistó varias veces con Napoleón, quien repitió insistentemente el mismo

argumento: liberar la isla de Malta, para que sirviera de plataforma para reparar a los restos del ejército francés del Nilo, siendo su otro objetivo el desembarco en las islas británicas. Mazarredo le replicaba que, antes de emplear las fuerzas conjuntas en la campaña de Malta y Egipto, era imprescindible conquistar Menorca –para guardar la retaguardia– y trasladar los navíos de Brest a Cádiz, por ser la base idónea para poder actuar tanto en el escenario atlántico como en el mediterráneo; además, con vistas al bloqueo británico de aquellas dos bases, cuanto más lejos estuvieran de las inglesas, más difícil sería mantenerlas. En resumidas cuentas, Napoleón pretendió utilizar nuestra Escuadra en beneficio propio, y Mazarredo trató de impedir que utilizara nuestros barcos en beneficio exclusivo de Francia. Al no lograrlo, exigió a Godoy ser sustituido y que se nombrara jefe de la flota de Brest a Gravina. Así fue, y el Bilbaíno regresó a España por tierra.

En la otra comisión, anterior y menos conocida, existen algunas contradicciones según las fuentes consultadas. Mazarredo fue revestido del carácter de ministro plenipotenciario, siendo su misión intentar conseguir, en el menor tiempo posible, un acuerdo de paz con Argel. Previamente se envió a dicha ciudad al conde de Expilly, francés al servicio de España, con el objeto de preparar al Bilbaíno el camino y facilitarle su misión.

Pero este plan fracasó debido al alejamiento de Mazarredo de las instrucciones que había recibido y a las intrigas y conspiraciones del francés. Maza-



Casa natal Mazarredo. FUENTE: Bilbaoturismo.net

redo salió de Cartagena con dos fragatas y dos navíos. A los cuatro días de su llegada a Argel fue recibido con grandes agasajos por los miembros del Diván, y en una hora se llegó a un acuerdo de paz. Mazarredo se encargó de redactar los tres originales castellanos, que debían traducirse al turco y que, copiados al lado de los originales y una vez completado tal proceso, el dey y el plenipotenciario español firmarían. Pero llegó tal momento y la traducción no se había hecho, y fue cuando comenzó la verdadera negociación.

La ignorancia e ingenuidad de Mazarredo no le permitieron ver ni las maniobras argelinas ni la acción de Expilly, y cegado por lo que él creía un éxito inicial, no se ajustó a las instrucciones dadas, comprometiendo al gobierno español y a su Hacienda. Así, a modo de ejemplo, digamos que Mazarredo pensaba pedir una indemnización económica por los gastos ocasionados en la expedición de 1775 y los bombardeos, pero aconsejado por el cónsul francés – Francia ya había firmado la paz con Argel –, en la primera reunión no lo mencionó y ahora se encontraba con que el dey le solicitaba tres millones de pesos fuertes. Después de unas prolongadas discusiones y regateos, Mazarredo aceptó el pago de un millón. Pero el dey exigió que Expilly fuera el único interlocutor, y una vez retirado el Bilbaíno, prosiguieron unas duras negociaciones que concluyeron con el tratado de paz con Argel, después de casi trescientos años de guerra, la más larga que registran los anales de la historia de España.

El tándem



Captura de un gran convoy inglés por Cordova. FUENTE: La Vieja España, S.L.

Mazarredo tuvo el acierto de saber escoger sus colaboradores, elección que siempre es incierta y de trascendencia indudable para el que manda. Entre los elegidos, pronto se destacó un teniente de navío de excepcionales cualidades, que estaba destinado por sus méritos a brillar ostensiblemente en la Armada y en la vida política del país: se llamaba don Antonio de Escaño.

Al embarcar Mazarredo como mayor general de la escuadra de Córdoba, Escaño llevaba algún tiempo destinado de ayudante de la Mayoría, sin que antes hubiesen coincidido ambos en ningún otro destino. Sin embargo, bien pronto Mazarredo se percató de las extraordinarias dotes que adornaban a su ayudante, y a partir de entonces uno y otro confor-

maron la pareja de colaboración más completa y eficaz que ha existido en la Armada. Mazarredo era el genio director que, con su experiencia, enfocaba los problemas y orientaba su resolución, impulsando al mismo tiempo su ejecución merced a su dinámica actividad, en tanto que Escaño, con su clara inteligencia y singular tesón, desarrollaba las ideas y atendía a su más exacto cumplimiento posterior. Desde entonces, constituyeron durante muchos años un excelente almirante y un insustituible jefe de Estado Mayor, ligados indisolublemente, como veremos más adelante. Donde iba destinado Mazarredo no podía faltar Escaño, y tanto se compenetraban y complementaban que, en muchas de sus obras comunes, es difícil de saber la parte realizada por cada uno.

La reunión de estos dos marinos en la Mayoría General de la Escuadra del Mar Océano pronto comenzó a notarse por el tesón y energía con que se dedicaron a cumplir con su deber. Para ello sacrificaron todas las distracciones y amistades, permaneciendo constantemente a bordo sin saltar a tierra para nada. Aun así, el tiempo les resultaba corto para el estudio y redacción de las instrucciones, así como para realizar las inspecciones. Valiéndose de ellas, consiguieron adiestrar a las dotaciones en sus faenas, y a las guarniciones en sus peculiares ejercicios, en tanto que a los oficiales se les hacía trabajar a fin de que ampliasen y practicasen sus conocimientos profesionales. Respecto a los comandantes de los navíos, fragatas y demás embarcaciones, siempre tuvo Mazarredo por norma fundamental exigirles mucho, siendo intransigente con ellos en cuestiones del servicio, por entender sabiamente que cada buque funciona y responde según la atención que le preste su comandante.

Convencido Mazarredo asimismo de la necesidad de una buena disciplina y organización en la mar durante la navegación y evoluciones de los buques, así como de la importancia que en ellas tiene el régimen de señales, puso en vigor en la Escuadra del Mar Océano las instrucciones y señales que ya había dispuesto y experimentado el año antes en la escuadra del general Gastón. Estas instrucciones, ampliadas y corregidas, fueron impresas en Cádiz en 1780 para su reparto en los distintos buques de la Escuadra.

Pronto recogió Mazarredo el fruto de su trabajo. La Escuadra del Mar Océano comenzó a alcanzar una eficiencia militar y una soltura en la práctica de la maniobra antes desconocidas en los navíos españoles. Así pudo comprobarse en la última salida de la escuadra combinada del mando de Córdova, con la captura de un convoy británico, el 9 de agosto de 1780, que supuso el apresamiento de 51 velas y más de tres mil hombres. Firmada la paz con Gran Bretaña, la Escuadra del Mar Océano fue desarmada el 21 de diciembre de 1782, desembarcando de ella Mazarredo, a quien en premio de sus servicios se ascendió a jefe de escuadra. Había permanecido de mayor general de la Escuadra durante tres años y nueve meses, realizando más de cuatrocientos días de mar.

Por su parte, Escaño, a partir de junio de 1779, tras la declaración de la guerra contra Gran Bretaña, fue nombrado mayor general de la Escuadra y pasó a las órdenes directas de Mazarredo, uniéndose así sus vidas profesiona-

les. De la mano del Bilbaíno, Escaño tomó parte, en la primera campaña del Canal, del bloqueo de Gibraltar durante el llamado Gran Sitio.

En 1785, Mazarredo recibió el encargo de hacer una recopilación de todas las ordenanzas vigentes de la Armada. El trabajo a realizar era amplio y completo, por lo que solicitó que le acompañara en las tareas el capitán de fragata, comandante de la *Santa Casilda*, don Antonio de Escaño, pues conocía lo perfectamente enterado que estaba de la materia que se iba a tratar. En Madrid, ambos iniciaron una nueva etapa de duro e intenso trabajo en común, que duró siete años e iba a producir una de las obras más trascendentales que la historia de nuestra Marina registra: las Ordenanzas Generales de la Armada Naval, conocidas vulgarmente con el nombre de «Ordenanzas de Carlos III», aunque fueron terminadas y se publicaron en tiempos de Carlos IV. En su redacción, Escaño no se limitó a ser un mero amanuense y ordenador del trabajo material pues, siendo mucha la tarea sobre otros asuntos de la Armada que encomendaba el gobierno a Mazarredo, no tuvo más remedio que encargar a Escaño la redacción del título referente a las obligaciones del comandante de un navío. Terminadas las Ordenanzas, Mazarredo dio una gran prueba de modestia haciendo público que, a su juicio, lo mejor de la obra era precisamente el título redactado por Escaño.

Siete años, como hemos dicho, duró la redacción de las Ordenanzas, quedando terminadas a mediados de 1793, sin otra suspensión en el trabajo que la obligada durante el verano y otoño de 1790, con motivo de la tirantez de relaciones con Inglaterra, por cuya causa volvieron a la mar ambos ilustres marinos. Tal tirantez fue consecuencia del incidente de Nutka, al norte de la costa occidental americana. Por ello, el gobierno español alistó una escuadra bajo el mando del teniente general José Solano. Mazarredo, que ya era teniente general, era el segundo jefe, embarcando en el navío de su insignia el capitán de navío Escaño.

Entre los colaboradores de Mazarredo ocupa indiscutiblemente el primer puesto, por todos los conceptos, Escaño. Siete veces estuvieron unidas ambas personalidades, durante un largo periodo de doce años consecutivos. En este intervalo, Escaño fue la sombra de Mazarredo, y puede afirmarse que este último hubiese realizado una obra incompleta, en sus destinos terrestres y en sus mandos a flote, si no hubiese contado a su lado con Escaño. Así lo reconoció en multitud de ocasiones el propio Mazarredo, que entre sus buenas cualidades tenía la de no adornarse con los triunfos y aciertos de sus subordinados.

De los afrancesados y patriotas

El fenómeno del colaboracionismo no fue algo marginal durante la guerra. Ya fuera por interés personal o ya por convicción, muchos españoles aceptaron, tras las renunciadas de Bayona, a José I como rey de España y colaboraron con el nuevo régimen. Entre ellos destacan sectores de la nobleza,

alto clero, militares (especialmente los de más alta graduación), científicos, escritores y artistas. También muchos funcionarios prestaron juramento al nuevo monarca.

El personal de la Armada dispensó a todos los niveles un rechazo generalizado al rey intruso, salvo un reducido grupo de marinos afrancesados. Sobre ellos dice Fernández Duro: «... unos pocos españoles, que, dicho sea en puridad, no eran ni de los menos ilustrados, ni de los menos dignos, ni de los menos amantes de la patria». El paradigma es el teniente general de la Armada don José de Mazarredo. Considerado por la mayoría de los historiadores navales como el mejor almirante español de todos los tiempos, aceptó del rey José el cargo de secretario del Despacho de la Armada, lo que le hizo perder parte de la estimación con que le distinguían la mayoría de sus compañeros, e incluso

la amistad de sus mejores amigos, entre ellos el más entrañable de sus colaboradores, don Antonio de Escaño. Sin embargo, aun sirviendo a una causa impopular, siempre trabajó a favor de los intereses de España y de la Armada. Su actitud fue de firmeza y rechazo contra los planes del Emperador, como quedó demostrado cuando Napoleón dispuso que la escuadra de Ferrol se trasladara a Brest con dotaciones francesas, para cuyo fin llegó a aquella ciudad un contralmirante con oficiales y marinería de aquella nación. Enterado de ello, Mazarredo se trasladó a Ferrol, impidiendo con su actitud personal que once navíos, cuatro fragatas y otros buques menores pasaran a manos francesas. Su *afrancesamiento* puede en parte disculparse, habida cuenta de la ingratitud de Carlos IV y de Godoy, que no tuvieron en cuenta las brillantes dotes de Mazarredo y los relevantes servicios prestados, y se obstinaron en mantenerlo durante seis años apartado injustificadamente de su destino, persiguiéndole y desterrándolo. Según el historiador Cervera Pery, el Bilbaíno pudo ser «afrancesado de puro patriota». Otros dos tenientes generales de la Armada también sirvieron al rey José. Uno de ellos fue don José Justo Salcedo, que fue designado para tomar el mando de la escuadra de Mahón en relevo de Valdés. El ataque francés le sorprendió en Valencia, a cuya defensa contribuyó. De la capital del Turia pasó a Madrid, y allí cambió de bando. El otro afrancesado fue don Pedro de Obregón, quien ostentó el cargo de capitán general de Ferrol durante la ocupación francesa de tal capital departamental.



Rey José I. FUENTE: www.wikipedia.es

La rotura del tándem

En el mes de junio de 1808, Escaño fue tentado por Murat con el mando de la escuadra de Ferrol, a lo que puso muchas objeciones, percatado de la intención de separarlo de la Corte. Tras la llegada a Madrid de José Napoleón, recibió un oficio de su antiguo general y aún venerado maestro Mazarredo, a la sazón ministro de Marina, para prestar juramento de fidelidad al nuevo rey. Escaño rehusó con un escrito del 23 de julio, del que extractamos lo siguiente:

«... mi honor y mi conciencia me dictan manifieste a V.E., que no habiéndose verificado aún que la Nación o la mayor parte de ella haya reconocido el nuevo gobierno y Constitución, de que tampoco me hallo enterado, no puedo prestar el juramento que se exige, hasta que aquellas circunstancias se verifiquen, en cuyo caso lo haré gustoso, manteniéndome entre tanto como un ciudadano pacífico y por cuanto al estar actualmente empleado es el motivo de exigirme tal juramento, yo hago desde luego distinción de los empleos que hasta ahora obtuve, considerándome desde esta momento como un mero particular».

O sea, Escaño renunció a pertenecer a la Armada.

Epílogo

Por desdicha, en la Real Armada a la que tanto amaron Mazarredo y Escaño, ninguno de ellos mandó escuadra en combate, lo que es difícil de comprender en unas circunstancias en las que no sobran figuras de tal categoría en el arte de la guerra naval.

Los dos cayeron en desgracia y terminaron sus vidas en soledad. Mazarredo falleció en Madrid, el 29 de julio de 1812, a los 64 años, víctima de un ataque de gota. Y Escaño falleció en Cádiz, el 11 de julio de 1814, a los 62. En contrapartida, sus respectivos entierros fueron una verdadera manifestación de duelo. Al de Mazarredo, en Madrid, acudieron todas las clases sociales sin distinción de partidos, buena prueba del aprecio con que le distinguieron todos los españoles. Fue enterrado en la iglesia de Santiago, por pertenecer a dicha orden. Tal templo fue derribado y no hemos conseguido averiguar su actual sepultura.

En el entierro de Escaño, en Cádiz, una compañía de marinería y artilleros escoltó el cortejo fúnebre y alumbró con fanales su féretro hasta ser depositado bajo tierra en el cementerio de San José, mientras una banda del Cuerpo de Batallones interpretaba música fúnebre. Del ataúd, portado por seis granaderos, volaban cintas asidas por caballeros de la Orden de Santiago. La numerosa asistencia de autoridades civiles, así como de generales de mar y tierra, parecía un intento de compensar el ostracismo al que había sido sometido quien no lo merecía.

Escaño permaneció soltero. Sus familiares conocidos residían en Baza (Granada). Coincidimos con el más caracterizado de dichos familiares en

Cartagena en 2005, con ocasión de la presentación de la biografía del insigne marino cartagenero escrita por Juan Antonio Gómez Vizcaíno.

Los restos de Escaño descansan en el Panteón de Marinos Ilustres, adonde fueron trasladados a instancias del contralmirante Martínez-Valverde, quien publicó un artículo en la *Revista General de Marina* en el que afirmaba: «Yo he visto los restos de Escaño».

Mazarredo contrajo matrimonio con su sobrina doña Juana Josefa de Moyúa Mazarredo. La única hija habida de la unión se casó con su primo carnal Francisco Vicente Mazarredo Gómez de la Torre. Sus descendientes residen en Madrid, y en 1973, doña Carmen de Mazarredo de la Rica, tataranieta del ilustre Bilbaíno, donó al Museo Naval la copiosa documentación que conservaba la familia, que fue recopilada por Ana María Vigón en el libro *Colección Antonio de Mazarredo*, de 139 páginas y publicado en 1987 por el Instituto de Historia y Cultura Naval. Doña Carmen fue recompensada con la Cruz del Mérito Naval.

